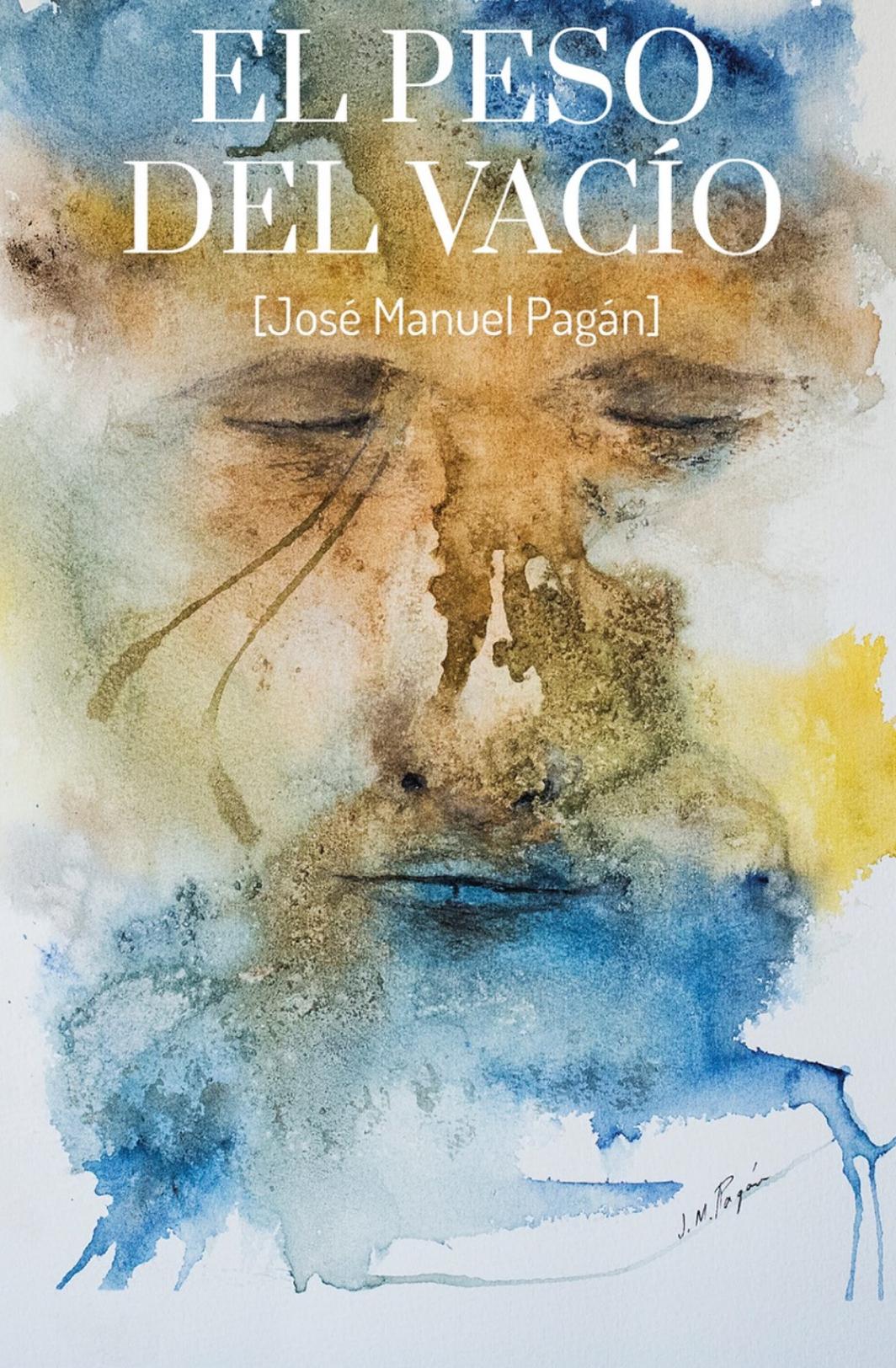


# EL PESO DEL VACÍO

[José Manuel Pagán]



J.M. Pagán

# **El peso del vacío**

**José Manuel Pagán**

Primera edición: marzo de 2022

© Copyright de la obra: José Manuel Pagán

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-124916-6-1

Código ISBN digital: 978-84-124916-7-8

Depósito legal: B 3286-2022

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Ilustración portada: «El sueño», José Manuel Pagán

Autor fotografía contraportada: Carlos Lázaro

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions [www.angelsfortuneditons.com](http://www.angelsfortuneditons.com)

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

## Notas del autor

«El peso del vacío», además de una entrañable novela, es casi una partitura musical. Está escrita con el diseño de una *fuga*. Un relato coral en el que los personajes, como los diferentes «motivos» de una composición barroca, transcurren en paralelo, hasta confluir en los llamados «estrechos», para desembocar unidos en un poderoso final.

Esta historia nos habla de la cualidad transformadora de la música, que va a ser vivida por cada uno de los lectores como algo único y personal; un impulso que, como un viento repentino, nos transporta a lugares tan enigmáticos que apenas podemos intuir, pero que, a través de la narración, se convierten en una inesperada realidad en nuestro interior.

A través de la vida de un pianista profesional, un cotizado concertista de música clásica, nos internamos en un universo poblado de emociones, amor y misterios ocultos, que se irán desvelando poco a poco, como un perfume que nos va abriendo a nuevos placeres que deseáramos no acabasen nunca.

## **Londres, otoño de 1992.**

Amanece. Hace rato que estoy despierto... La luz que empieza a filtrarse por la pequeña ventana de la habitación, me provoca una inquietud desconocida y tensa. Es domingo y la ciudad todavía duerme. El silencio se va abriendo paso, espeso y oscuro... está lleno del peso del vacío y el vacío no tiene color.

Tengo la extraña certeza de que algo muy importante ha cambiado en mí esta noche. Sé que no soy exactamente yo quien permanece quieto con la vista fija en el techo y una sensación de profundo malestar en el estómago. Hay un punto que me quema en la espalda, un latido rítmico que va penetrando cada vez más profundamente, hasta tocarme el corazón. Me siento ajeno y desvalido, sin apoyo. A pesar de que todo mi cuerpo está tendido en la amplia cama de dos plazas, siento que floto, que estoy acostado sobre una extraña nube, que en cualquier momento me dejará caer y me perderé en un mundo desconocido y hostil.

Lo más perturbador es la certeza de que mi mente no me pertenece... Posee una vida propia que no puedo controlar, que afecta profundamente todos mis actos, mis percepciones y mis deseos.

## Unas horas antes...

—¿Cómo está el público?

—El auditorio está lleno a reventar, Michel. Hay una expectación enorme por oírte tocar. Están receptivos y rendidos de antemano, puedo olerlo. Hoy tendrás un éxito apoteósico, rotundo, total... Prepárate, quedan cinco minutos, acaba de sonar el último aviso.

Para el concierto de hoy he preparado un repertorio a conciencia. Toda la primera parte es el viejo Bach: tres suites inglesas y seis preludios y fugas de «El clave bien temperado», libro segundo. La segunda parte es variada: Ravel, Shostakovich y para terminar una de las obras más difíciles y aclamadas de mi repertorio: los «Tres movimientos de Petrushka», de Stravinsky.

Tocar en Londres es siempre una maldita y agotadora bendición. Solo doy tres conciertos, todos ellos con las entradas agotadas.

Yo, Michel Loupin, puedo considerarme el pianista suizo más famoso de la historia, el mejor pagado, el más deseado y el menos comprendido de entre mis colegas. El público me quiere, saben que complaceré con creces las enormes expectativas que han puesto en mí, pero qué poco conocen sobre lo que realmente ocurre en mi interior.

Miro mis manos... las conozco bien. Están educadas para ser fuertes y ágiles a la vez, flexibles e intuitivas. Cuando toco no pienso, ellas lo hacen por mí. Todo mi yo está en cada uno de esos diez dedos que acarician cada tecla con diferente intensidad, con la precisión de un mecanismo de relojería. A veces mis manos se me

aparecen en sueños. Solo ellas. Las veo con una nitidez extrema, viviendo en un mundo aparte de mí. Han ido madurando con el tiempo. En este momento están en esa plenitud expresiva y lúcida que me infunde tanto respeto como asombro. Solo quedan unos instantes para empezar el concierto. Les doy un suave masaje. Antes las he sumergido en agua tibia con sal durante diez minutos. Estoy completamente solo en el camerino. Respiro con cuidado y trato de relajarme.

Hay algo que me preocupa en el concierto de hoy... el piano. He pedido un Bösendorfer. El Steinway con el que toqué el año pasado en esta misma sala no me gustó. Estaba afinado, limpio, impecable, pero no conseguí perderme en él como en un bosque encantado. No pudimos hacer el amor de verdad, olvidándonos de quién es quién... el Bösendorfer es más rústico. Me recuerda a las altas montañas de mi Suiza natal, cuando se reflejan en el lago Lemán. En los ensayos se ha puesto de mi parte. Ha dejado que explorase sus entrañas más íntimas, aunque no desde el principio. La primera media hora hemos medido nuestras fuerzas cada uno. Yo he buscado sus secretos más profundos y él ha opuesto una deliberada resistencia, hasta que se ha rendido. Entonces me ha dejado hacer y ha sacado los registros más dulces y profundos que puede producir un instrumento. En ese momento nos hemos amado durante dos horas, como si no existiese nada más en el mundo.

Golpes en la puerta... tengo que salir, es la hora...

—¡Has estado maravilloso!... ¡seis propinas!... nadie había tocado así Petrushka. La gente ha enloquecido. Vamos a tener que subir el caché un diez

por ciento. Por favor Michel, esta vez sí... la prensa quiere verte...

—Sabes que no concedo entrevistas.

—Te lo suplico, Michel, hoy es especial, es el estreno de los tres conciertos... hacía un año que no pisabas Londres.

—No Peter, no insistas. Diles algo tú. Sabes que después del concierto no puedo ver a nadie, apenas puedo soportarte a ti. Por favor, déjame solo y que nadie me moleste.

Peter hace un gesto de negación con la cabeza y sale del camerino.

### Espacio

Me miro las manos, están temblando. Ahora están exhaustas, pero hay un extraño resplandor en ellas. Han cambiado. Cambian imperceptiblemente en cada concierto, pero yo las conozco bien. Me siento agotado y sin embargo más vivo que nunca. Un enjambre de pequeñas abejas se ha apoderado de mí, como de un panal. Recorren mis brazos, mis piernas, el pecho, se meten por mis arterias, entran en el estómago y zumban en mi cabeza tratando de encontrar el poco néctar que me queda.

Ha transcurrido más de una hora y no consigo recuperarme... no puedo levantarme de la butaca que gentilmente han preparado para mí. Sé que el personal del auditorio me está esperando para cerrar y Peter tiene que acompañarme al hotel. También los organizadores deben estar esperando respetuosamente para saludarme y felicitarme... pero yo no me puedo mover. Mi cuerpo no me pertenece y mi mente vaga por la sala, como una polilla en busca de algo de luz.

## **Zúrich, invierno de 1975.**

Oscurece con lentitud sobre Zúrich. Hace un frío terrible y la copiosa nevada que empieza a cuajar sobre las húmedas calles, obliga a los pocos peatones a caminar deprisa, en busca de algún lugar caliente donde refugiarse.

Karl Heinzl aún está en la pequeña relojería donde trabaja. Hoy ha sido un día tranquilo, tan solo tres personas han entrado en la tienda y únicamente ha conseguido una venta, pero ha podido dedicar casi todo el día a arreglar un antiguo reloj de péndulo que se le está resistiendo, tal como esperaba. Es un reloj magnífico. El cliente, un hombre mayor que lo ha traído con ayuda de su nieto, le había dicho que era una herencia familiar.

Está construido con madera de tilo y bellamente decorado con hojas de acanto. Desde luego es muy antiguo. Su viejo mecanismo se había parado de pronto, después de años de funcionamiento preciso y constante. Su dueño le había preguntado a Karl si creía que podía darle vida otra vez. Por aquella expresión, le pareció que aquel anciano amaba aquel reloj como a una persona de la que se había enamorado de joven y habían envejecido juntos. La parada imprevista del reloj le recordaba la proximidad de su propia ausencia.

—Es un magnífico reloj. Desde luego que haré todo lo posible por arreglarlo, herr...

—Reiner, Johan Reiner. ¿Cuándo cree que podría estar?

—Ahora mismo no se lo puedo decir, depende de lo que me encuentre cuando lo abra. Déjeme su teléfono y le llamaré lo antes posible.

El hombre le miró con una sonrisa de agradecimiento, le estrechó la mano y salió con un movimiento pausado ayudado por su nieto.

Karl llevaba manejando relojes desde los 13 años. Su padre, propietario de esta pequeña tienda, por desgracia había muerto joven. Solo tenía 39 años cuando un conductor borracho fuera de control se subió a la acera y lo arrastró quince metros matándolo en el acto. Karl tenía 17 años y tomó las riendas del negocio familiar. Su padre antes de morir le había inculcado su amor por los relojes. Le había enseñado todo lo que sabía y él lo había absorbido todo con fruición. Adoraba a su padre y habría hecho cualquier cosa para complacerle.

Su madre era otra cosa. Nunca se recuperó del accidente de su esposo. Se descompensó mentalmente y desde entonces dejó de hablar. Karl la cuidaba en silencio. La casa se convirtió en un lugar de tristeza. Su única satisfacción era la otra pasión de su padre, que desde bien pequeño le había enseñado a conocer y amar: la música. En especial la música clásica y dentro de ella la música para piano.

Mientras con sumo cuidado abría el reloj, y se concentraba en su admirable mecanismo, sonaban las «Variaciones Goldberg», con Glenn Gould al piano.

La música del Barroco, en la que todas las partes encajan a la perfección, era su preferida. Su padre le dijo una vez que una fuga del gran Bach era el sublime control de una locura.

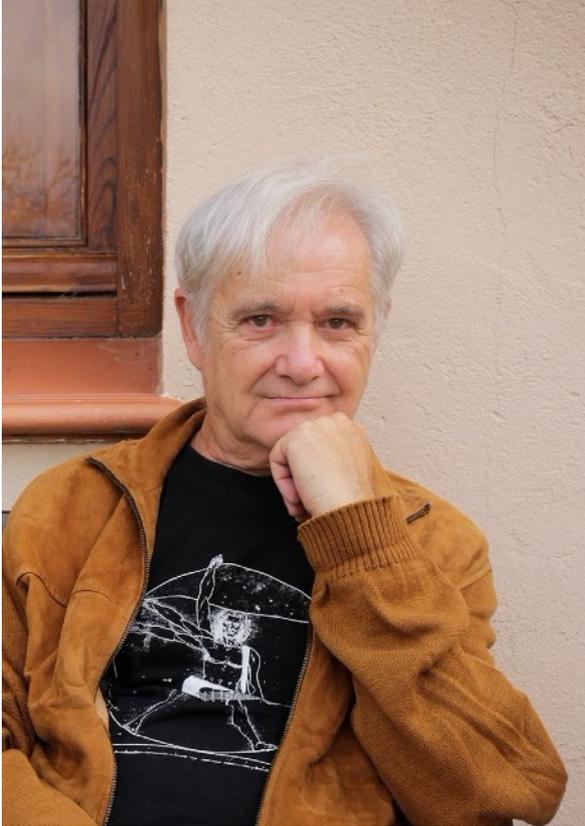
—Fíjate Karl, una de las partes más importantes de un reloj se llama fuga y es la que controla cualquier impulso arrítmico del tren de engranaje.

Karl estuvo toda la noche trabajando en el reloj. Desmontó y limpió todo el mecanismo. Descubrió que el problema estaba en el *meulle*, aquella lámina larga de acero templado, enrollada en espiral, que da vida al reloj y le hace funcionar. La pieza estaba desgastada por los años y había que cambiarla. Tendría que fabricarla él mismo. De un reloj tan antiguo ya no se encontraban recambios.

Era noche cerrada cuando salió de la tienda en dirección a su casa, en la Weinplatz, 14. Su madre ya se habría acostado y en la cocina tendría algo preparado para cenar.

Karl sintió un leve estremecimiento al contacto con la fría oscuridad y la blanca alfombra que le mojaba los zapatos, pero no aceleró el paso para llegar a casa. No hace falta correr, cuando nadie te espera.

# Acerca del autor



José Manuel Pagán Santamaría (1949, Lausana, Suiza) es compositor, sonoterapeuta, pintor y escritor. Autor de numerosas bandas sonoras para cine, series de TV y teatro musical, ha trabajado con directores como Bigas Luna, Rosa Vergés, Vicente Aranda, Mario Camus y Agustí Villaronga, entre otros.

Ha recibido diversos premios, como: «Mejor banda sonora» en el Festival de Cine de Málaga por «La isla del holandés», de Sigfrid Monleón; nominado al Goya por el musical «Tic-tac» de Rosa Vergés o Premio Gaudí por la música de «Pa Negre», de Agustí Villaronga.

Su pasión por la música le ha llevado a escribir «El peso del vacío», una novela que no solo se lee, sino que también se escucha.